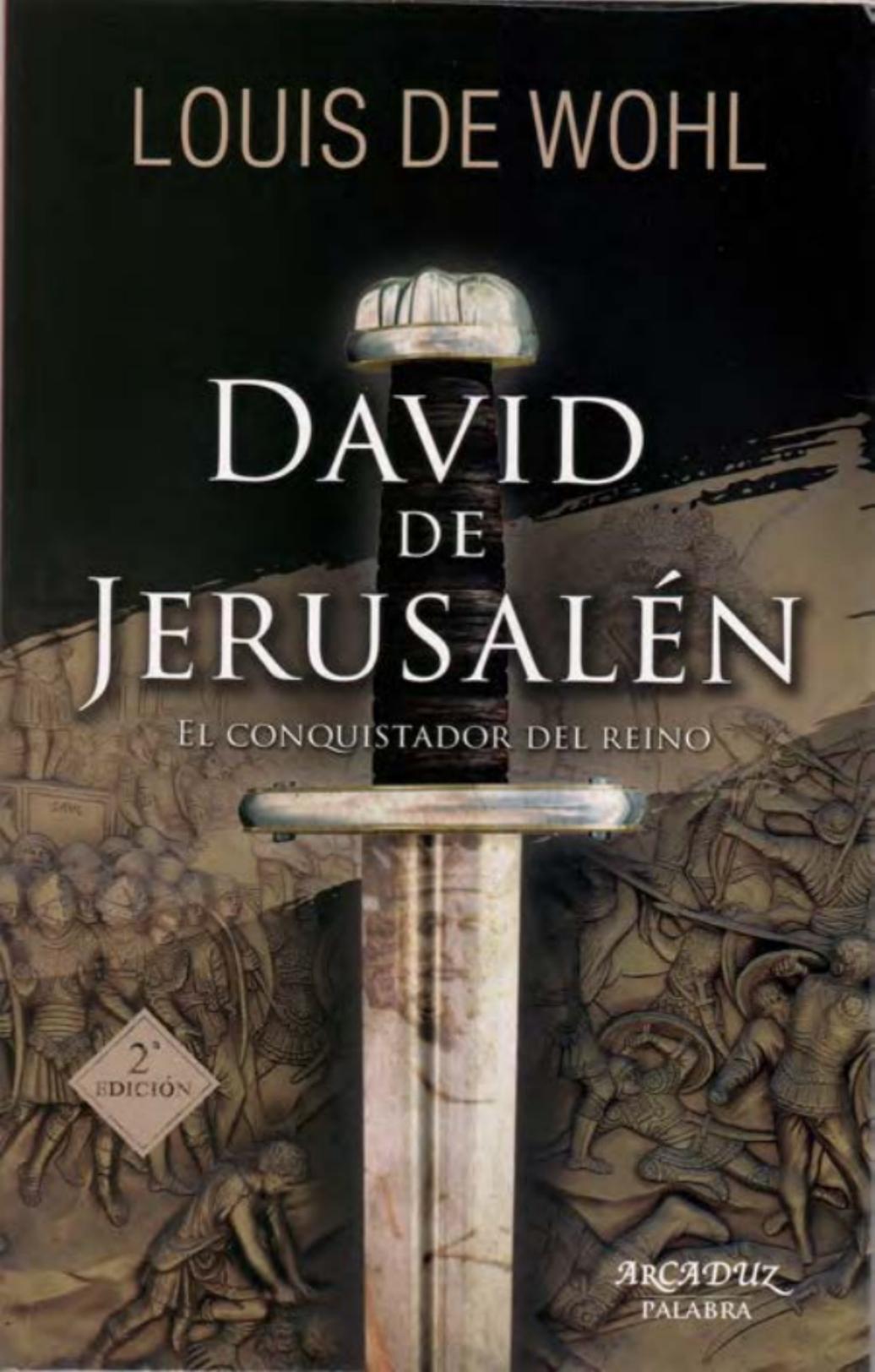


LOUIS DE WOHL



DAVID  
DE  
JERUSALÉN

EL CONQUISTADOR DEL REINO

2<sup>ª</sup>  
EDICIÓN

ARCADUZ  
PALABRA

# DAVID DE JERUSALÉN

EL CONQUISTADOR DEL REINO

**D**e todas las figuras heroicas del Antiguo Testamento pocas son más deslumbrantes que las de David, el joven pastor destinado a gobernar Israel, y ninguna contiene una mezcla tan atractiva y sobrecogedora de humana piedad, grandeza y fragilidad.

En las expertas manos de Louis de Wohl, la antigua y amada historia de David revive con toda su fuerza y esplendor. Comienza cuando un desconocido joven es ungido por el profeta Samuel y continúa a través de sus años de servicio al Rey Saúl, de la grandiosidad de su propio y largo reinado, de las desilusiones del envejecimiento y de la promesa eterna que hace presagiar el fin. Jonatán el amigo, la princesa Michol y la hermosa Betsabé, los generales Abner y Urías, Salomón y Absalón son solo algunos de los personajes que marcaron la vida de David. Una vida, quizá, entre las más intensas de la historia, en la que se encuentra todo lo que el hombre busca y todo lo que a veces encuentra sin buscarlo: amor, riqueza, poder, piedad, belleza, dolor y traición.

Basada en el relato bíblico y en la propia investigación histórica del autor, *David de Jerusalén* novela acontecimientos que sucedieron hace muchos siglos pero siempre respetando escrupulosamente su historicidad. Estamos, sin duda, ante una adecuada culminación de la extraordinaria carrera literaria de Louis de Wohl.

Pa

[www.palabra.es](http://www.palabra.es)

ISBN 978-84-9061-483-9



9

788490 614839

## LOUIS DE WOHL

Louis de Wohl (1903-1961) es uno de los grandes escritores de novela histórica del siglo XX. Nació en Berlín, de padre húngaro y madre austriaca, ambos católicos. Desde muy pequeño se sintió inclinado a la literatura y en poco tiempo realizó una carrera fulgurante en Alemania, publicando más de 30 novelas de aventuras y suspense de las que 16 fueron llevadas al cine. Sin embargo, en 1935, y ante la llegada de Hitler al poder, decidió iniciar una nueva vida en Inglaterra. Participó en la Segunda Guerra Mundial y, al finalizar el conflicto, se trasladó a Estados Unidos, reorientando su vocación literaria con una perspectiva cristiana. Consciente de la influencia que Hitler había tenido, al haberse convertido en el modelo de millones de personas, decidió proponer modelos atractivos y llenos de valores a sus contemporáneos. Ahí arranca su brillantísima producción novelística sobre cristianos de personalidad poderosa y profundamente inmersos en las luchas y avatares de su época. *La luz apacible* (sobre Santo Tomás de Aquino, escrita por encargo de Pío XII), *El Oriente en llamas* (sobre S. Francisco Javier), *El hilo de oro* (sobre S. Ignacio de Loyola), *Corazón inquieto* (sobre S. Agustín) o *Fundada sobre roca* (una historia de la Iglesia) son algunas de sus numerosas obras maestras. Todas ellas están publicadas en Ediciones Palabra.

LOUIS DE WOHL

DAVID  
DE JERUSALÉN

El conquistador del reino

SEGUNDA EDICIÓN

ARCADUZ

# 1

Lentamente, silenciosamente, en contra del viento como los buenos cazadores, el león se deslizaba sobre la fina hierba. Tras la masa de rocas parduscas que rodeaban la pequeña depresión, era prácticamente invisible. Se detuvo y midió la distancia que le separaba de la oveja que estaba pastando. Aún estaba demasiado lejos. Se adelantó sigilosamente, dos pasos, tres, cuatro. Se agazapó, se preparó... y saltó.

Pero el carnero había visto la sombra; balando con fuerza, brincó hacia un lado mientras el león caía en un espacio vacío. Un rugido corto, ronco, y ya estaba agazapándose para el salto siguiente. El rebaño de ovejas corrió en todas direcciones, pero en su terror los animales no lograban encontrar la estrecha salida del llano.

«¡Así que estás aquí otra vez!», gritó una voz juvenil y furiosa. «¡Espera y verás!» Y, tras colocar un canto liso en la honda de cuero, el joven pastor la hizo girar, la echó hacia atrás y lanzó al vuelo la piedra, que golpeó al león en la sien con tal fuerza que le hizo tambalearse. Gimiendo, el animal agitó la espesa y enmarañada melena.

El pastor, tirando a un lado la honda, corrió hacia él, le rodeó el cuello con su musculoso brazo y apretó con todas las fuerzas de su juventud. El león, todavía aturdido, in-

tentó sacudírselo, pero no lo consiguió. Con los pies firmemente plantados en la hierba, el pastor le echó la cabeza hacia atrás y continuó estrangulándolo. Las quijadas del león se abrieron dejando que le colgara la lengua. Un temblor agitó sus miembros poderosos. Las garras de sus patas traseras se clavaban convulsivamente en el terreno, pero los brazos del pastor no cedían ni una pulgada: parecían estar hechos de hierro. De repente, el enorme felino se desplomó sin fuerzas y, al hacerlo, arrastró al estrangulador con él. Ni siquiera entonces se detuvo el pastor, quedó caído bajo el león, hasta que la fiera puso los ojos en blanco mientras la sangre le brotaba en gotas espesas y oscuras. Finalmente, el muchacho soltó su presa. Cuando la fiera quedó exánime e inmóvil, el vencedor se liberó de ella y se puso en pie. «Ahora», anunció, «ya no matarás a ninguna oveja más». Para mayor seguridad, le dio un puntapié. Como el animal no se movió, hizo un gesto de satisfacción. Luego, observó que el rebaño seguía corriendo desordenadamente. En tono amenazador, gritó: «¡Tranquílase, tranquilas, ovejas mías!» y, dirigiéndose pausadamente hacia ellas, se detuvo para recoger la honda, a la que acarició cariñosamente. La honda era un viejo amigo. No fue aquella la única vez en la que le demostró merecer su confianza.

Un hombre alto y demacrado apareció tras un grupo de rocas. «David», exclamó con voz temblorosa, «¿cómo te has atrevido...?»

«¡Caleb!», exclamó el pastor sorprendido. «¿Qué estás haciendo aquí?»

El hombre pálido agitó la cabeza. «¡Luchar con un león con las manos vacías!», tartamudeó. «¿Dónde se ha visto nada semejante?»

«Sansón lo hizo», replicó el pastor. «Hace mucho que

quería intentarlo. No es tan difícil si te colocas en el lugar adecuado. Pero para permanecer a salvo le golpeé en la cabeza con una piedra. El mes pasado tuve que pelear con un oso, que me dio más problemas».

«¿No estás herido?»

«No».

El hombre y el joven pastor, aunando esfuerzos, reunieron poco a poco a las excitadas ovejas y las calmaron. El pastor preguntó: «¿Qué haces aquí, Caleb?».

«Me envía tu padre. Tienes que volver a casa inmediatamente. Está allí el santo varón de Rama».

«¿Quién?»

«¡El profeta! Toda Judea y todo Israel lo conocen. ¡No me digas que *tú* no sabes quién es! Habla en nombre del Señor. Incluso el rey le teme».

«¿Te refieres a Samuel? ¿Está con mi padre? Pero ¿qué quiere?»

«No me lo ha dicho. Pero, si fuera tú, no les tendría esperando. Tu padre, tus hermanos y el hombre santo están esperándote».

«Está bien, iré. Mientras tanto, vigila las ovejas. Y despelleja al león por mí».

Caleb se frotó la barbilla y miró a su alrededor. «Solo espero que el muchacho no estuviera casado», dijo. «No deseo explicarle este pequeño incidente a la viuda».

David soltó una carcajada. «El muchacho no tenía mujer. Era un viejo solitario... como el hombre santo de Rama».

Caleb vio marchar a David. «Sansón también lo hizo», murmuró. «Pero Sansón era un gigante, con unos brazos tan gruesos como mis dos muslos juntos. ¿De dónde sacó la fuerza este chico?»

Media hora después, David llegaba a Belén y a la casa de su padre al final de la ciudad. Su madre, de ojos azules y cabello rubio-rojizo, como el suyo, le esperaba en la puerta. Había tenido ocho hijos y dos hijas, y todavía era una mujer atractiva. David estaba orgulloso de ella.

«Están todos en el lugar del sacrificio», llamó, cuando el joven aún no había llegado. David asintió con un gesto y siguió adelante.

El lugar del sacrificio era una colina al este de la ciudad. David vio surgir las espesas nubes de humo de la piedad sacrificial y, tras el humo, un grupo de hombres en la colina que daba la impresión de ser irreal, casi fantasmal. Uno de ellos parecía cubrirse la cabeza y la barbilla con un velo blanco. No, no era un velo, era el cabello, el cabello blanco y la barba blanca; aquel debía de ser el hombre santo de Rama.

Mientras subía por la colina, sintió el olor del sacrificio, un novillo. Lo que se consumía en el fuego era la grasa de los intestinos, el hígado y los riñones también con su grasa, según prescribía la ley. Ahora, al acercarse, pudo oler la sangre fresca sobre el altar del sacrificio. «Aquí está el muchacho», oyó decir a su padre. «Este es David, mi hijo pequeño».

«¿Por qué parece padre tan alterado?», se preguntó David. Entonces miró al hombre santo y sus pensamientos se interrumpieron. Vio un rostro ancho cubierto por una red de arrugas y profundos surcos, y, sobre la chata nariz, unas espesas cejas blancas. Los ojos... David no había temido la mirada del león, pero, ante aquellos dos ardientes soles, tuvo que bajar la vista.

«¡Este es!», exclamó una voz sorprendentemente ronca y fuerte. «Yahvé le ha elegido». El dedo índice de una mano apergaminada y cubierta de las manchas de la edad

señalaba directamente a David. «Quítate las sandalias», ordenó aquel hombre terrible. «Dame un jarro de agua».

Isaí padre entregó el jarro a su hijo, junto con una toalla. Le temblaban ligeramente las manos.

«¿Qué están haciendo conmigo?», pensaba David. Y de repente, se le ocurrió que le iban a sacrificar. ¿Acaso no pidió Dios a Abraham el sacrificio de Isaac? En el último momento, el Señor se había contentado con un carnero. Quizá esta vez no se quedaría satisfecho y el anciano le cortaría el cuello con el cuchillo del sacrificio. Por supuesto, podría escapar. Ninguno de sus hermanos lo alcanzaría, ni tampoco el anciano. Pero ¿y si era la voluntad de Yahvé? Todo el mundo sabía que el hombre santo de Rama era un profeta. Y uno no podía huir de Yahvé. Yahvé estaba en todas partes y solo Él decidía la hora de la muerte.

David terminó en silencio el lavado ritual. Ahora, el anciano estaba hurgando en su ceñidor. Sin embargo, en vez de sacar el cuchillo sacrificial de ancha hoja, extrajo un cuerno pequeño y, cuidadosamente, retiró el tapón de plata. Un aroma pesado y dulzón perfumó el aire. El anciano oró en silencio, manteniendo tan alta la cabeza que la blanca barba apuntaba hacia arriba. Luego dijo: «Acércate, David, hijo de Isaí».

David obedeció.

«Inclina la cabeza».

«Óleo», pensó David asombrado, mientras las espesas gotas corrían lentamente sobre su cabello. Era imposible. ¡Tenía que estar soñando! Al despertar, habría perdido una o dos ovejas, como la semana pasada, o se acercaría un animal salvaje... Pero no, no estaba soñando: unas gotas de óleo le habían entrado en los ojos y le quemaban como

fuego. Así que realmente estaba despierto. Pero el silencio que le rodeaba era igual que el silencio de la muerte.

El profeta cerró el cuerno de óleo y lo introdujo cuidadosamente en su ceñidor ricamente bordado. «Está bien», dijo con su fuerte voz, «para el resto, el Señor proveerá». Se inclinó tan profundamente ante David, que algunos ralos mechones de cabello cayeron sobre el rostro. Tuvo un breve saludo para el padre del muchacho y solamente un gesto de la mano para los hermanos. Sin más palabras, se dio la vuelta y bajó por la colina a grandes zancadas.

Nadie osó hacer comentarios hasta estar fuera del alcance de los oídos del profeta. Incluso entonces, Isaí padre habló en susurros. «Que el Señor nos libre de todo mal. Yo no lo entiendo».

«Nadie lo entiende», coincidió su hijo mayor, el grande y robusto Isaí hijo. «Pero dijo que había venido a hacer un sacrificio al Señor con nosotros».

«Y eso es lo que ha hecho».

Sama, el tercero de los hijos, gruñó: «Desde luego, padre. Pero se trajo el animal del sacrificio. Era suyo. Entonces, ¿qué necesitaba de ti y de nosotros? El sacrificio era un pretexto, nada más. Lo que quería realmente era algo muy distinto».

«¿Por qué nos observó a todos, uno tras otro?», preguntó Eliab. «¡Tenía unos ojos como hojas de cuchillo!»

«Empezó por ti», asintió Sama, «y le oí perfectamente murmurar: «¡este no es!»».

«Eso lo dijo también de ti», replicó Eliab furioso. «Y de Abinadab y de los otros».

«Sí, sí», asintió Sama. Le encantaba hacer enfadar a Eliab. «De todos nosotros, excepto del chico. Y le ungió».

«Pero ¿por qué?», se preguntó Eliab. «Eso es exactamente lo que no entiendo».

«Padre», preguntó David, «¿sabes por qué me ha ungido el profeta?»

Isaí movió la cabeza, pero guardó silencio.

«Y se inclinó delante de él como si fuera un gran señor», dijo despectivamente Eliab. «¿Eres un gran señor, David?»

David se pasó la mano por la frente. La potente, ronca voz, todavía resonaba en sus oídos. «Es él. Yahvé le ha elegido». ¿Elegido? Pero ¿para qué? «Siempre pensé que solamente se unge a los reyes», dijo pensativo.

«Rey de los pastores», murmuró Sama, y los hermanos se echaron a reír, excepto Eliab, que dijo seriamente: «Tenemos un rey. La gente dice que no es muy paciente. Si el rey Saúl oye lo que ha hecho el profeta, alguno de nosotros será asesinado».

Isaí padre se dio la vuelta. «Ya basta», dijo con inusitada violencia. «Nadie puede adivinar los pensamientos del profeta e intentarlo es una necedad. Y peligroso».

«Es peligroso», continuó Eliab. «Solo con que se entere el rey Saúl...»

«Siempre pasa lo mismo contigo, hermano», le interrumpió Sama, impaciente. «Cuando se te mete una idea en la cabeza, no hay quien te la saque. ¡El rey Saúl! Está sentado en su palacio y ni siquiera sabe que existimos».

«¿Quién sabe?», gruñó Eliab. «También se dice que el rey no está bien de la cabeza. Y los locos...» Se interrumpió cuando su padre, volviéndose de nuevo, le miró fijamente.

«Ten cuidado con la lengua», dijo Isaí padre con aspereza. «Primero, has hablado despectivamente del profeta Samuel y ahora, del rey. El rey es el ungido del Señor. Su persona es sagrada. Otra palabra como esa y haré que te arrepientas amargamente».

Durante la cena, David permaneció silencioso y absorto en sus pensamientos. Su madre le miraba preocupada, pero no hablaba. Sin embargo, cuando, después de cenar, le vio tomar su arpa y escapar al jardín, respiró aliviada. La música siempre le relajaba.

David se dirigió a su refugio favorito bajo un grupo de palmeras situadas junto al muro del huerto. El muro medía diez pies de alto, demasiado alto para que un chacal o una pantera hambrienta pudieran saltarlo. No podía sacarse de la cabeza al hombre santo de Rama. «Este es, Yahvé le ha elegido». Pero ¿para qué lo había elegido? Se pasó la mano ligeramente sobre el cabello dorado-rojizo, que solía tener revuelto, pero que ahora estaba suave tras el mágico poder del óleo. Solamente se ungía a los reyes. Y el ungido del Señor se sentaba en su palacio y los cortesanos temblaban ante su cólera. El anciano Nahúm ben Sijar, el más viejo de la ciudad, habló de ello en una ocasión en la que había bebido demasiado vino. También habló de la maldición que el hombre santo había proferido contra el rey. Y, desde entonces, el rey se mostraba un poco... extraño. Pero todavía era un gran jefe, un vencedor en la batalla, y sobrepasaba en una cabeza al más alto de sus enemigos. Pero ser rey... eso significaba estar muy cerca de Dios, tan cerca como le era posible a un ser humano.

David pulsó las cuerdas del arpa y cantó para sí. Y sus palabras parecían estar de acuerdo con él:

¡Oh Dios, oh Dios, qué admirable es tu nombre en toda la tierra!

Cuando contemplo los cielos, obra de tus manos; la luna y las estrellas que tú has establecido.

¿Qué es el hombre para que de él te acuerdes y el hijo del hombre para que de él te cuides?